

## LA POLITICA INTERNACIONAL EN EL TERCER TRIMESTRE DE 1952

El cruce de notas entre Este y Oeste sobre la difícil y fundamental cuestión de la unificación de Alemania ha continuado a lo largo de este tercer trimestre del año. En efecto, en este espacio de tiempo hay que registrar el envío, por parte de las potencias occidentales, de sus tercera y cuarta notas, y el de la cuarta por parte soviética.

La llegada del secretario de Estado, Acheson, a Londres, a fines de junio, y la posterior incorporación del ministro francés de Asuntos Exteriores, Schuman, a las conversaciones mantenidas entre aquél y su colega británico, permitieron la realización de un examen conjunto por los tres representantes de las potencias occidentales, del proyecto de nota con que se había de responder a las proposiciones formuladas por la U. R. S. S. en su comunicación de 24 de mayo. El comunicado facilitado al término de las reuniones tripartitas de la capital británica se refería, en los términos siguientes, a este punto de las conversaciones: «Los tres ministros estudiaron un proyecto de respuesta a la nota soviética, preparado por el grupo de redacción de Washington, y llegaron a un acuerdo en cuanto al fondo de la respuesta, a la que se procederá ahora a dar forma definitiva.» La fórmula, trabajosamente elaborada a lo largo del mes de junio por los especialistas, y a la que ahora los propios ministros de Asuntos Exteriores sometían a examen antes de ser objeto de redacción definitiva, no obstante mantenerse en absoluta reserva, se adivinaba consistir en una propuesta de compromiso entre las diversas posiciones adoptadas frente al problema de la unidad alemana por los aliados occidentales, que no cerrase las puertas a la posible celebración de una conferencia cuatripartita, pero siempre que los rusos dieran muestras de acudir a ella con el ánimo de lograr para Alemania la unidad bajo un Gobierno libre.

En esta ocasión, sin embargo, la nota aliada no ha recibido su forma definitiva una vez sometida al alto examen de los ministros, sino que ha sido sometida también a la consideración del canciller Adenauer. Haya sido esto debido a una petición por él formulada o a una consulta por parte de los occidentales, en todo caso significa el reconocimiento de que la voz de Alemania no puede dejar de ser oída después de haberse llevado a cabo la firma de los Tratados de Bonn y París. Los occidentales han contraído una serie de obligaciones hacia la República federal alemana desde aquel momento, y es evidente que el canciller Adenauer no puede por menos de exigir ciertas garantías sobre lo que respecto a su patria y en su ausencia pueda negociarse. El día 3 de julio, el canciller alemán celebró una reunión con los altos comisarios aliados, llegándose a un acuerdo sobre las modificaciones que debían ser introducidas para satisfacer las demandas del Gobierno de Bonn. Al parecer, éstas no fueron sustanciales y tendieron a dar una mayor claridad y energía a las respuestas occidentales. Transmitidas inmediatamente las sugerencias de Adenauer a los Gobiernos respectivos, se redactó el texto definitivo, que fué nuevamente sometido al canciller el día 8. Dos días después, los embajadores de los Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia en Moscú hicieron entrega, en nombre de sus Gobiernos, de sendas notas concebidas en iguales términos. En estas notas los aliados insistieron en que

la unificación de Alemania sólo puede realizarse por medio de unas elecciones libres para todo el país, cuya celebración exige la previa investigación, en las dos zonas en que el país se encuentra dividido, de las condiciones necesarias para ello; esa investigación habrá de hacerse por una Comisión imparcial, no sujeta al control o veto de ninguna de las cuatro potencias ocupantes. Una vez comprobadas las condiciones para la libertad de las elecciones, y constituido un Gobierno para toda Alemania, éste habrá de participar en una Conferencia de las cuatro potencias encargada de negociar un definitivo Tratado de Paz.

La réplica soviética fué entregada por el ministro de Asuntos Exteriores de la U. R. S. S., Vichinsky, a los embajadores de las tres potencias occidentales, el día 23 de agosto. En ella se rechaza la proposición aliada de hacer preceder toda posible conversación sobre la unificación de Alemania y sobre el Tratado de paz, de una investigación de las condiciones existentes para la celebración de elecciones en toda Alemania. Por el contrario, propone la convocación, en el mes de octubre, de una conferencia de los Cuatro, con el siguiente orden del día: preparación de un Tratado de paz; formación de un Gobierno alemán unificado; elecciones libres en toda Alemania y constitución de una Comisión encargada de comprobar la existencia de condiciones en el país para esas mismas elecciones; por último, estudio de una fecha límite para la retirada de tropas de ocupación. La Comisión investigadora de las condiciones existentes en el país germano no puede ser una Comisión internacional imparcial, lo cual se considera como «un insulto al pueblo de Alemania», sino una Comisión integrada por representantes de la Cámara popular alemana del Este y del Bundestag de Bonn.

Sin entrar a considerar el contenido de las proposiciones soviéticas formuladas en esta nota, que mantiene la línea de las tres anteriores, resulta bastante claro que la U. R. S. S., lejos de mostrar una efectiva voluntad de facilitar el acercamiento que permita llegar a una solución del problema, continúa insistiendo en unos puntos de vista y en una interpretación del hecho alemán que alejan todo acuerdo y mantienen la cuestión en el plano polémico.

La preparación de una cuarta respuesta aliada fué emprendida en seguida, y, como la vez anterior, el canciller Adenauer fué consultado sobre su contenido y oído en sus sugerencias. El día 4 de septiembre, los tres altos comisarios aliados examinaron con él el texto de la nota soviética; el texto de la respuesta occidental elaborado por los especialistas le fué remitido el 16, y el 19 daba su aprobación. En fin, el 23 de septiembre, los representantes diplomáticos de las tres potencias occidentales en Moscú hacían entrega, una vez más, de tres notas idénticas de respuesta. Sin contener nuevas proposiciones, se insiste, por parte aliada, en que la firma de un Tratado de Paz con Alemania no puede hacerse sin la previa unificación de todo el país, y que esta unificación, dado que ha de llevarse a cabo por medio de unas elecciones libres en ambas zonas, exige la previa constitución de una Comisión imparcial que determine las condiciones existentes con vistas a su celebración. La proposición soviética de un Tratado de paz redactado por las potencias ocupantes, sin la participación del Gobierno de la Alemania unificada, es rechazada como inadmisibles, lo mismo que las acusaciones formuladas contra el Pacto del Atlántico o los Tratados firmados en Bonn y París por el Gobierno federal. La nota occidental termina subrayando la determinación de los tres Gobiernos de seguir buscando un medio para poner fin a la división de Alemania.

Todo este duelo de notas entre Este y Oeste en torno a la unificación de Alemania va desarrollándose paralelamente a la sucesiva incorporación del pueblo germano a la política de Occidente y a su sistema defensivo. Se inició cuando esa incorporación fué afrontada por los aliados en el terreno de las realidades como un corolario inevitable de la defensa de Europa. Sustitución del régimen de ocupación por un régimen contractual y participación de Alemania en el Ejército europeo, tales fueron las etapas cubiertas en Bonn y París en mayo pasado, que significaron una victoria de la dirección política mantenida por el canciller Adenauer. Los esfuerzos de Rusia se dirigen, como a su principal objetivo, a paralizar todo este movimiento defensivo,

esgrimiendo ante el mundo occidental, y sobre todo ante los alemanes, la bandera de la unidad germana. Cuando la firma de los Acuerdos de Bonn era inminente, y también la creación de la Comunidad Europea de Defensa, Moscú dejó caer apresuradamente su tercera nota, insistiendo en su propuesta de una conferencia cuatripartita y en los propósitos agresivos que los occidentales encubrían con los documentos a punto de ser firmados. La nota no fué bastante, sin embargo, para impedirlo. Pero, tanto la creación de la C. E. D. como los Acuerdos firmados con el Gobierno federal alemán, han de ser aún ratificados por los Parlamentos de los diversos países, y cada una de esas ratificaciones ofrece nueva ocasión a la U. R. S. S. para renovar sus ofensivas.

El Senado norteamericano ratificó el 1.º de julio los Acuerdos de Bonn por 72 votos contra cinco, y aprobó, por 71 contra cinco, el Protocolo que extiende a la C. E. D. las garantías del Pacto atlántico. El 2 de agosto ponía su firma el presidente Truman en la ratificación de los Acuerdos con Alemania. La Cámara de los Comunes inglesa ratificó los mismos Acuerdos el día 1.º de agosto, por 293 votos contra 253. Estas dos ratificaciones representan un estímulo no despreciable para vencer las reticencias que han de operar en el seno de la Asamblea francesa cuando llegue el momento de dar este paso adelante en el camino de la política alemana marcada por Washington. Por lo que se refiere a la ratificación por el propio Parlamento alemán, parece que el canciller Adenauer había prometido obtenerla antes de iniciarse las vacaciones parlamentarias que debían comenzar a mediados de julio. Esto no pudo efectuarse de ninguna manera. Sin duda, la ratificación por el Parlamento de Bonn de los Tratados firmados en la capital federal y en París, hubiera reforzado considerablemente la contestación de las potencias occidentales a la tercera nota soviética; pero comoquiera que esa ratificación ha de exigir más tiempo en virtud de circunstancias políticas internas, a las que seguidamente aludiremos, no pudo hacerse otra cosa que hacer coincidir la entrega en Moscú de la respuesta aliada con la primera lectura en el Bundestag. Así se hizo, en efecto, el 10 de julio, enviándose después los proyectos de ratificación a las Comisiones competentes para su estudio, en espera de la reanudación de las sesiones parlamentarias para proceder a las segunda y tercera lecturas.

La ratificación de todos estos Acuerdos por el Parlamento de Bonn supone enfrentarlos con la división de opiniones que ha provocado en Alemania la política seguida por el canciller Adenauer. No se trata sólo de la oposición de los socialdemócratas o de la inseguridad presentada al respecto por el partido liberal, sino de las disidencias habidas en el seno del propio partido gubernamental. Esto no obstante, Adenauer ha confiado siempre en contar, llegado el momento, con una mayoría parlamentaria favorable, y de aquí que su tesis haya sido la de pretender como suficiente la ratificación dada por el Bundestag. A esto nos referíamos antes, al aludir a unas circunstancias de política interior que han de dilatar la ratificación definitiva de los Tratados en cuestión por el pueblo alemán. Es el caso que, por tratarse de una ley que afecta a todos los *Länder* de la Federación, ha de obtener la ratificación por el Senado o Bundesrat, Cámara en la que están representados todos ellos y en la que la posición del partido cristiano-demócrata es mucho más insegura que en el Bundestag. El resultado arrojado por las elecciones celebradas recientemente en varios de los *Länder* ha inclinado desfavorablemente la balanza para la facción de Adenauer. Pero, además, la agrupación de tres *Länder* hasta hace muy poco independientes (Baden, Wurtemberg-baden y Sud-Wurtemberg) en uno solo (Baden-Wurtemberg), que cuenta en el Bundesrat con cinco votos y en el que existe un Gobierno de coalición liberal-socialista, aumenta las dificultades que en aquella Cámara ha de encontrar el canciller para ver ratificados los documentos solemnemente firmados en la primavera pasada. Esto explica suficientemente por qué ha querido sustraer, en todo o en parte, a la competencia del Bundesrat esa ratificación, que, sin embargo, tendrá que completar la otorgada por el Parlamento.

Cuando, el 10 de septiembre, abrió de nuevo sus sesiones el Bundestag, el Gobierno soviético había presentado a los occidentales su cuarta nota sobre la unificación

de Alemania, y estaba en período de preparación la consiguiente respuesta aliada. El día 4 del mismo mes, el ministro de Asuntos Exteriores de la República democrática alemana, Dertinger, pronunció un discurso ante la Cámara del Pueblo acerca de la susodicha nota soviética. Consecuencia de su discurso fué la adopción de una resolución en la que se hablaba de tender una mano al Parlamento de Bonn para llegar a un acuerdo, y la decisión de enviar una delegación a la capital federal que sometiera al Bundestag una carta conteniendo proposiciones a este respecto. Otra resolución adoptada ese mismo día invitaba a todos los patriotas alemanes del Este y del Oeste «a luchar valiente y audazmente en favor de las proposiciones formuladas por la nota soviética». Se trataba de una maniobra comunista para proyectar la influencia de la Alemania satélite sobre el Parlamento de Bonn, próximo a escuchar la segunda y tercera lecturas del proyecto de ratificación, y también sobre la posición tomada por los occidentales frente a las proposiciones rusas de unificación, forzándoles a modificarla ante el temor de que los alemanes del Oeste aceptaran la mano tendida desde el Este. El presidente del Bundestag, Dr. Ehlers, decidió recibir a la delegación de la Cámara popular, y persistió en su decisión, no obstante el pronunciamiento en contrario de los partidos socialdemócrata y liberal y de la invitación del propio Adenauer para que la rectificara. La delegación de la Cámara del Pueblo llegó a Bonn el 19 de septiembre y presentó al Parlamento federal el mensaje de que era portadora, cuyo contenido era una fiel réplica de la última nota soviética: conferencia de las cuatro potencias, con participación de representantes de ambas Alemanias y creación de una Comisión mixta de investigación de las posibilidades de celebrar unas elecciones en Alemania; por último, invitaba al Parlamento federal a enviar una delegación a Berlín para exponer su punto de vista ante la Cámara del Pueblo. La estancia en Bonn de esta delegación no fué muy prolongada: al día siguiente hubo de regresar a Berlín por no habérsele concedido autorización para permanecer en espera de una contestación del Bundestag.

En los últimos días de septiembre se celebró en Dortmund el V Congreso del partido socialdemócrata alemán. Continuando la línea política del Dr. Schumacher, fallecido hacía un mes, y sustituido en esta ocasión en la presidencia del partido por Erich Ollenhauer, vicepresidente, el Congreso de Dortmund se pronunció en el sentido de trabajar por todos los medios para conseguir el restablecimiento de la unidad alemana, y pidió una revisión completa de los Acuerdos germano-aliados. Después, sometió a discusión un «programa de acción» basado en la creación de una Alemania unificada. Fué en el curso de esa discusión cuando el tema de la unidad de Alemania y de las sugerencias que para alcanzarla se cruzan sobre el país germano, de los occidentales a los soviéticos y viceversa, provocó unas sensacionales declaraciones debidas a Wehner, miembro del partido socialista y antiguo comunista, que permaneció en Moscú durante parte de la segunda Guerra Mundial. Wehner declaró que Francia y la U. R. S. S. están de acuerdo para mantener la división de Alemania, en virtud de contactos directamente establecidos entre franceses y soviéticos. Un portavoz francés ha negado esta acusación, y el canciller Adenauer pidió por carta a Wehner que demostrase documentalmente los extremos afirmados por él ante el Congreso de Dortmund.

En todo caso, las palabras del socialista Wehner entrañan una acusación de singular gravedad para el Gobierno francés y no pueden por menos de proyectar una negra sombra sobre todo el complejo de la cuestión alemana, principalmente si se ponen en relación con otras piezas que deben ocupar su sitio en el tablero político, pues que en él están, aunque en ciertos momentos parezcan perder actualidad. Por ejemplo, la existencia de un Acuerdo franco-ruso, o el reciente viaje a Berlín de Daladier.

Prescindiendo ahora de Alemania, y pasando a considerar el rearme europeo en los otros países afectados por la firma del Tratado de París, que constituye la C. E. D., no puede decirse que este trimestre tercero del año permita ser muy optimista. El texto del Tratado de 27 de mayo determina que las fuerzas de cada uno de los países signatarios que han de integrar el Ejército europeo deben permanecer en filas igual tiempo, y que el acuerdo de uniformidad sobre este particular debe

lograrse en el menor tiempo posible. No sólo no se ha logrado nada en este sentido, sino que ha quedado demostrada la dificultad de llegar a una solución conveniente en un plazo breve. Cada uno de los países de la C. E. D. tiene una duración de tiempo en filas diferente, y en ningún caso esa duración es la de los veinticuatro meses establecida en la Conferencia de Lisboa de la N. A. T. O. del pasado febrero. En Francia e Italia la duración es de dieciocho meses; en Holanda y Luxemburgo oscila de doce a veinticuatro meses, según la condición de los reclutas; en Alemania no hay nada determinado todavía, y Bélgica, que era el único que hasta ahora había aceptado la duración de los dos años de permanencia en filas, ha introducido una modificación ante la falta de solidaridad de los otros signatarios europeos, que ponía al Gobierno belga frente a la opinión de su propio país. Precisamente cuando el primer contingente de soldados perteneciente al reemplazo de 1951 llegaba a los dieciocho meses, se registraron en Bruselas una serie de manifestaciones, huelgas e incluso actos de rebelión entre los militares, que han obligado al Gobierno belga a reexaminar la cuestión. Convocada por él, se celebró una reunión el 12 de agosto en París, en el Palacio Chaillot, de todos los países integrantes del Ejército europeo. De esta reunión no se derivó ningún acuerdo, y sólo sirvió para que cada representante expusiera las razones por las que no admite la duración de los dos años para sus fuerzas militares. El llamamiento hecho el día antes por el general Ridgway para que fueran aceptados esos dos años como tiempo indispensable para la debida preparación de los contingentes de tropas, resultó completamente inútil. En consecuencia, el Gobierno belga decidió el 13 de agosto disminuir su servicio militar. Mantiene la ley de 28 de marzo de 1951, que fija los dos años; pero, una vez cumplidos veintiún meses, se concederá un permiso de tres, hasta tanto se adopte una resolución general para todos los países del Ejército europeo. De este modo se trata de armonizar la política iniciada por el Gobierno belga y la desarmonía existente con respecto a los contingentes de fuerzas de los otros miembros del mismo Ejército.

Añádase a esto que la reducción por Estados Unidos de las asignaciones en dólares para el pago de los pedidos adicionales de armamentos franceses ha venido a provocar una difícil situación entre Francia y Norteamérica en el seno de la Organización atlántica. La reducción de la ayuda económica norteamericana plantea al Gabinete Pinay una serie de problemas de orden social, industrial, económico y militar que han alarmado a la administración francesa, decidiéndola a hacer una reclamación sobre el caso. El jefe del Gobierno, Pinay, el ministro de Defensa, Plevin, y el mariscal Juin se reunieron con el fin de preparar un memorándum que habrá de ser presentado en la próxima reunión de la N. A. T. O. Por su parte, el secretario del Ejército norteamericano, Fank Pace, llegó a París el 5 de agosto, procedente de Londres, para tratar con el Gobierno francés de la cuestión de la ayuda norteamericana.

Toda esta cuestión será planteada en la próxima Conferencia del Pacto del Atlántico, que, a petición norteamericana, ha sido retrasada hasta después de las elecciones presidenciales de los Estados Unidos. En esto residirá su mayor importancia, porque no sólo habrá de decidir sobre las diferencias franco-norteamericanas, sino abordar también en su conjunto los problemas económicos, que la Organización no puede eludir sin que se resienta gravemente toda su estructura.

A diferencia de lo que ocurre con el programa defensivo europeo, el Plan Schuman se encuentra en una etapa mucho más avanzada de su realización. Una vez ratificado por los Parlamentos de los seis países europeos que lo integran, su entrada en vigor no dependía nada más que de la entrega por todos ellos de los instrumentos de ratificación. El 4 de julio se reunió en Bruselas la Comisión interina del Plan para preparar el orden del día de la Conferencia de los seis ministros de Asuntos Exteriores. Esta Conferencia, preludio de la entrada en vigor de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero, se inició en París el 23 del mismo mes y finalizó sus trabajos el 25. En el curso de estas reuniones se abordó la cuestión de la sede de la Organización. El ministro francés Schumann, propuso Estrasburgo como sede provisional y Sarrebrücken como sede definitiva. Pero este difícilmente podía ser aceptado por los alemanes, que no admiten ninguna decisión sobre el Sarre en tanto no se decida la

suerte de este territorio por el propio pueblo sarre. Por ello, la Conferencia acordó señalar la capital de Luxemburgo como sede provisional de la Alta Autoridad y del Tribunal de Justicia, y Estrasburgo de la Asamblea, en espera de que la decisión definitiva de la sede se tome teniendo en cuenta el resultado de las negociaciones franco-alemanas sobre el estatuto futuro del Sarre. El mismo día 25 de julio, en que finalizó la Conferencia de los ministros de Asuntos Exteriores de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero, entró ésta en vigor en virtud de la entrega por todos ellos de los instrumentos de ratificación.

El 10 de agosto se celebró en Luxemburgo la entrada en funciones de la Alta Autoridad. Durante los dos primeros días del mes de septiembre se instalaron en la misma capital las delegaciones británica y nortamericana cerca de la Alta Autoridad, y el 5 de septiembre, su presidente, Jean Monnet, convocó la primera sesión de la Asamblea de la Comunidad para el 10 del mismo mes en la sala de la Asamblea del Consejo de Europa de Estrasburgo. El Consejo de ministros de la Comunidad abrió su primera sesión en Luxemburgo el día 8, bajo la presidencia del canciller Adenauer. El Consejo adoptó la proposición del secretario del Foreign Office, Eden, tendente a la creación de lazos orgánicos entre las diversas Comunidades europeas y el Consejo de Europa, y los ministros de Francia e Italia, Schumann y De Gasperi, presentaron un proyecto dirigido a investir a la Asamblea de la Comunidad de poderes constituyentes con vistas a la creación de una Comunidad política europea. Al término de esta primera sesión del Consejo de ministros, se celebró una conferencia de los ministros de Asuntos Exteriores de los Estados de la Comunidad. Adoptado, con una enmienda holandesa, el proyecto franco-italiano, se decidió confiar a la Asamblea la tarea de elaborar un proyecto de Tratado para la creación de una Comunidad política europea. Por último, los ministros francés y alemán de Asuntos Exteriores informaron a la Conferencia del estado de las conversaciones sobre la europeización del Sarre.

El mismo día 10, en que finalizaba esta Conferencia, se abría en Estrasburgo la primera sesión de la Asamblea Parlamentaria de la Comunidad. Spaak fué elegido presidente de la misma. La Asamblea adoptó su reglamento provisional y constituyó una Comisión de organización bajo la presidencia de Paul Reynaud. La invitación de los seis ministros de Asuntos Exteriores para que fuera examinada la constitución de una Comunidad política europea, fué aceptada por la Asamblea, quedando igualmente nombrada una Comisión con ese fin. El día 13 de septiembre terminaban sus trabajos, y dos días después, se abría, en el mismo local, la segunda parte de la cuarta sesión de la Asamblea Consultiva del Consejo de Europa, ante la que el secretario del Foreign Office, Eden, renovó su proposición en orden a establecer una vinculación entre el Consejo de Europa y las organizaciones supranacionales europeas, a la que se adhirió el primer ministro italiano, De Gasperi.

Paralelamente a todas estas actividades de los altos organismos del Plan Schuman, se fueron desarrollando las conversaciones franco-alemanas sobre el Sarre. La Conferencia de los ministros de Asuntos Exteriores de la Comunidad del Carbón y del Acero decidió, de acuerdo con una proposición francesa, la apertura de negociaciones directas entre los dos países acerca de la europeización de este territorio. El día 1.º de agosto se reunieron en el Quai d'Orsay el ministro francés Schuman y el secretario de Asuntos Exteriores de la República federal, Hallstein. Repetidas entrevistas con este objeto se tuvieron durante todo ese mes y durante el siguiente, al compás de las sesiones celebradas por la Comunidad del Carbón y del Acero. El que estas conversaciones hayan de conducir a una solución igualmente aceptable para ambas partes es difícil de asegurar, pero que es necesario hacer salir la cuestión del estancamiento en que actualmente se encuentra, es indudable. Francia se resiste a abandonar la posición preeminente que ha alcanzado en este rico territorio después de la guerra y para cuya conservación dispone de todos los recursos de un régimen de ocupación. Pero los pasos dados para hacer ostensible la influencia francesa —recuérdese el nombramiento de un embajador— no han sido nada acertados. Una solución francesa a espaldas de la situación de hecho existente en el pequeño territorio e hiriente para los sentimientos del pueblo alemán, no sería una solución y podría repercutir sobre el futuro apoyo germa-

no al Plan Schumann y la ratificación por el Parlamento de Bonn de los Tratados y Acuerdos de mayo pasado, lo que contribuiría también a aumentar las disidencias franco-norteamericanas. Toda solución alemana tiene un punto de partida inalterable: el Sarre es y sigue siendo alemán.

Las conversaciones, prolongadas los dos últimos meses de este trimestre, se celebran con la vista puesta en las elecciones generales. Y por eso, en preparación de ellas y al margen de las conversaciones franco-alemanas, el canciller Adenauer ha llamado repetidamente a Bonn a los presidentes de los partidos pro-alemanes del Sarre, cristianodemócratas, socialdemocráticas y demócratas sarreses.

\* \* \*

Dentro del área geográfica de Europa, otros problemas reclaman nuestra atención al hacer estos comentarios sobre la actualidad internacional. En primer lugar, el problema insolucionado de Austria. A lustro y medio de distancia del fin nominal de la segunda Guerra Mundial, el pueblo austriaco se encuentra sometido a un régimen de ocupación, con la presencia sobre su suelo de tropas pertenecientes a cuatro países distintos, como un terrible recordatorio del papel que le tocó jugar en la pasada conflagración y que poco a poco va arruinando su castigada economía. El 1.º de agosto dirigió el Gobierno austriaco al inglés un memorándum exponiendo la situación planteada por las cargas de la ocupación, y el 17 del mismo mes el secretario de Estado de Austria pronunciaba un discurso protestando contra esas cargas. En esta situación, Rusia ha hecho llegar, después de casi medio año, su respuesta a la proposición occidental para concluir un Tratado de Paz abreviado. La proposición aliada fué formulada en el pasado mes de marzo y era una reducción del Tratado de Paz sobre el que nunca pudieron llegar a ponerse de acuerdo las potencias ocupantes. Este breve proyecto de ahora tendía esencialmente a hacer desaparecer lo más rápidamente posible (noventa días después de la entrada en vigor) el ominoso y gravoso régimen de ocupación, y hacía desaparecer otras cuestiones que, vinculadas al Tratado de Paz con Austria (Tratado de Paz con Italia y cuestión de Trieste), podían suscitar dificultades. Durante cinco meses los aliados esperaron la contestación soviética, que el día 16 de agosto ha llegado para rechazar las proposiciones aliadas e insistir en la reanudación de unas conferencias dominadas por el espíritu de Potsdam y que 258 veces proclamaron su inutilidad.

El 5 de septiembre, las tres potencias occidentales enviaron una nueva nota insistiendo en su deseo de poner fin a la ocupación de Austria e invitando a Rusia a acceder a la celebración de unas conferencias tetrapartitas en la capital británica para discutir el nuevo proyecto de Tratado que le fué dado a conocer en el mes de agosto. La respuesta rusa a estas sugerencias fué entregada el 27 del mismo mes de septiembre, acusando a los occidentales de haber querido ignorar la suya anterior, de fecha 16 de agosto. La participación soviética en una conferencia para tratar de la paz austriaca se hace depender de que sea retirado el proyecto breve de Tratado.

De este modo continúa insoluble la situación austriaca. Este trimestre ha visto pasar por Viena al secretario de Estado norteamericano, Acheson; al subsecretario de Asuntos Exteriores francés, Maurice Schumann, y al secretario del Foreign Office, Eden, y todos han hecho expresos sus buenos propósitos de poner fin a la situación del país. Pero la solución no puede llegar de acuerdo con Rusia, y ésta sería la única solución, porque Rusia sabe que el fin de la ocupación de Austria pondría en evidencia la presencia de sus tropas en Hungría y Rumania, que garantizan una perfecta comunicación con las de ocupación que mantiene en Austria. Y la solución sin Rusia, siguiendo el patrón alemán, no sería solución porque desgarraría el país, manteniéndolo dividido y propicio a cualquier conflicto.

Esta Austria sin Tratado de Paz ha ordenado sus relaciones con sus vecinos de Occidente (Alemania, Suiza, Italia y Liechtenstein) por medio de unos *modus vivendi* que han restablecido, más o menos, la situación fronteriza existente con anterioridad al Anschluss. Una solución similar parece orientarla actualmente en sus relaciones

con Yugoslavia. El viaje del ministro austriaco de Asuntos Exteriores, Karl Gruber, a Belgrado, primero, y el Acuerdo sobre los bienes austriacos firmado el 11 de agosto, después, son indicio de ello. El asegurar unas buenas relaciones entre los dos países interesa a ellos y también a las grandes potencias occidentales. Para Austria representa alejar las exageradas pretensiones que Tito exhibió sobre su territorio, población y bienes, en otros días. Para Yugoslavia, colaborar en la política pro-Austria, patrocinada por los aliados occidentales, que necesitan de ella tanto como ella los necesita, asegurándose, a través del territorio austriaco, una vía de comunicación directa con la Europa central occidental. Para los occidentales, además de alejar un motivo de posible complicación en una zona compleja y difícil, asegura esa misma ruta, pero en sentido contrario, que les permite la comunicación directa con sus últimos aliados atlánticos: Grecia y Turquía, zislados en su misión de proteger el Mediterráneo oriental y la zona de los Estrechos y de vigilar los Balcanes y los accesos al Oriente Medio del conjunto de los demás países del Pacto.

La alianza militar entre Yugoslavia, Grecia y Turquía presta un indudable servicio a cada uno de estos países, en orden a garantizar su seguridad respectiva. Pero, además, es altamente deseada por los aliados occidentales, que de ese modo ven a Yugoslavia completando el gran arco defensivo trazado por los países de la N. A. T. O. sin necesidad de que ésta participe en la Organización. Frank Pace, secretario del Ejército de los Estados Unidos, enlaza las capitales Belgrado, Ankara y Atenas en un viaje por aquella zona; una misión parlamentaria griega se traslada a Yugoslavia en los primeros días de julio, invitada por el Gobierno de Tito; una delegación parlamentaria yugoslava devuelve, a fines de agosto, la visita hecha por la misión griega; el mariscal Tito asiste en Split a las maniobras de la 6.ª flota de los Estados Unidos, que visita las costas yugoslavas; Grecia y Yugoslavia elevan sus respectivas Legaciones al rango de Embajadas; misiones militares de los tres países establecen contacto. Estos y otros hechos de igual tenor podrían citarse en el corto espacio de tiempo del tercer trimestre del año y hablan por sí solos de la intensidad con que Yugoslavia participa en la política de Occidente, que hace Megar hasta ella una generosa ayuda militar y financiera.

Nada de extraño que con todo esto el viaje del secretario del Foreign Office, Eden, a Belgrado atrajera la atención de los observadores internacionales. Todas las cuestiones que hay en torno a una participación yugoslava en el sistema defensivo del Occidente son temas que habrán estado presentes en las conversaciones sostenidas con las autoridades de Belgrado por el ministro británico. Pero también otro que, sin disputa, es el punto flaco de las relaciones entre Tito y Occidente, y allí donde se resiente esta alegre confianza y protección que el régimen comunista de Tito ha llegado a disfrutar de las democracias, y que sería catastrófica para Europa si un día resultara un tremendo error. Nos referimos a la cuestión de Trieste. Las posiciones italiana y yugoslava son tan opuestas, que no parece que por el diálogo directo Roma-Belgrado pueda esperarse nada. Antes de dirigirse a Yugoslavia, Eden conversó en Estrasburgo con el primer ministro italiano, De Gasperi. Pero la posible gestión que el secretario del Foreign Office llevara en cartera para proponer a las autoridades yugoslavas quedaba de antemano cortada con el discurso que por esos días pronunció el dictador Tito sobre la cuestión de Trieste, en el que advirtió que la partición de este territorio tendría un efecto negativo y redundaría en perjuicio de las relaciones italo-yugoslavas. En las repetidas manifestaciones que Eden hizo durante su estancia en Belgrado casi no aludió a la cuestión triestina y se limitó a invocar la buena voluntad de ambas partes.

\* \* \*

En Egipto, la confusa situación política existente al comienzo del trimestre ha conducido a cambios tan radicales y evolucionado repetidas veces con tal rapidez, que el panorama político egipcio es hoy bien distinto de lo que era hace unos meses.

El 23 de julio se producía en El Cairo un levantamiento militar dirigido por el general Naguib, nombrado por el rey Faruk jefe de las fuerzas armadas, que provocó



la caída del Gabinete de Hilaly Bajá. Tres días después, el propio general Naguib obligaba al monarca a abdicar en su hijo, el príncipe Almed Fuad, de siete meses de edad, y a abandonar el territorio egipcio inmediatamente. El general Mohamed Naguib se dirigió a sus compatriotas en una proclama para darles cuenta del cambio de la situación. Ali Maher, nombrado jefe del Gobierno, inició en seguida una serie de conversaciones con diversos políticos y con los representantes de los partidos, especialmente con los del Wafd, al tiempo que se procedía a la detención de una serie de personajes significados en la vida política y militar de los últimos años.

Unos primeros síntomas de oposición, representados por los sucesos registrados en la población industrial de Kafr ed-Dawar, en los que cinco mil obreros se manifestaron pidiendo subida de salarios, e incendiando la fábrica de tejidos de algodón y provocando algunas muertes entre las fuerzas que acudieron a someterlos, dieron ocasión para que el general Naguib hiciera ver la actitud enérgica con que se opondría a las alteraciones del orden. Con igual energía, y desde los primeros momentos, el general comenzó a tomar las medidas necesarias para acometer un programa político a base de graves y difíciles reformas. La depuración de la administración y de los partidos políticos fué proclamada como una necesidad vital del país. Y dos leyes plantearon la disolución y subsiguiente depuración de los partidos políticos por ellos mismos, y la cuestión, de enorme importancia en aquel país, de la reforma agraria.

Las relaciones del Wafd, el más importante partido político de Egipto, con el régimen implantado por Naguib es uno de los aspectos más dignos de consideración. La posición preponderante que ocupa en el Parlamento constituye uno de los principales resortes de influencia en la vida política, y por ello el anuncio de un acuerdo entre el general y Ali Maher para celebrar en febrero del próximo año unas elecciones le hizo temer una pérdida radical de su predominio político. Una vez disuelto el Parlamento de mayoría wafdista e impuesta una severa depuración de los cuadros de mando de todos los partidos, sin distinción alguna, la fuerza política y su capacidad de influencia en el futuro inmediato de la nación reside en la conservación de la gran masa de partidarios con que cuenta entre el pueblo y de los elementos más importantes de su organización. Quizá para lograr esto último es por lo que en un principio simuló un sometimiento a las normas depuradoras del general, provocando la expulsión de algunos miembros del partido, que en realidad eran los motores de una disidencia interna, pero conservando su jefe, Mustafá Nahas, el mando del partido y junto a él el cuadro fundamental de la organización. Las acusaciones formuladas por el Gobierno contra Nahas y las presiones del general Naguib para que se procediera a una auténtica purga del partido, determinaron, por fin, el que éste rechazara las órdenes de depuración y se negara a solicitar la reorganización, situándose decididamente frente al general y su régimen.

El impulso con que se quiere acometer, en la nueva situación política egipcia, la reforma agraria, no parece sólo obedecer al convencimiento de los actuales gobernantes de la necesidad de mejorar el nivel de vida de la población, sobre todo en las masas campesinas, sino también a la necesidad de llevar pronto a la realidad unas reformas sociales que den a la nueva situación un apoyo popular que le defienda de la aludida ruptura con el Wafd y de los otros sectores de oposición. Este ambicioso programa de reforma social y agraria no puede, sin embargo, desconocer las condiciones económicas del país. Y una diferencia de apreciación en este punto ha sido suficiente para que Ali Maher acabara separándose del general Naguib. El Gobierno de Ali Maher proponía la adopción de unas medidas que impidieran la alteración de la producción y de la economía del país por causa de una implantación demasiado brusca de la reforma. Esto provocó el disgusto de los seguidores del general, especialmente del elemento militar, y determinó que, al fin, el general Naguib asumiera la totalidad del poder.

En estos términos queda planteada la situación política egipcia, en la que la disputa con Inglaterra, sin perder en importancia, queda subordinada a las consecuencias de los graves acontecimientos de orden interno registrados en estos tres meses.

En Persia, la situación del país está dominada por la grave crisis económica producida por la política petrolífera de Mussadeq. Esta crisis económica ha arrastrado al país a una crisis política de acusado tono revolucionario, que, no obstante originarse en acontecimientos ocurridos en meses anteriores, se ha manifestado agudamente con ocasión de la dimisión presentada por el doctor Mussadeq al Sha y las presiones de sus secuaces del Frente Nacional para mantenerlo a toda costa en el poder. La entrega del poder a Chavam Sultaneh no hizo sino exaltar los ánimos y llevar de nuevo a la jefatura política a Mussadeq, quien planteó la concesión de plenos poderes, concedidos por el Majlis sin dificultad y sancionados al final por el Senado, no sin violencia. El elevado tono revolucionario que caracterizó los acontecimientos de la política persa durante el mes de julio, y en los que no dejó de influir el destronamiento del monarca egipcio, hacen recaer la atención sobre la siempre presente influencia de Rusia en el Oriente Medio. Es necesario decir, a este respecto, que se ha producido un nuevo cambio de notas entre la Unión Soviética y Persia. El motivo lo ha dado la queja por la ayuda militar y económica norteamericana, que viola, según se afirma, el Tratado ruso-persa de 26 de febrero de 1921. Aunque el Gobierno de Mussadeq ha rechazado las acusaciones soviéticas, también ha protestado respetar las cláusulas del aludido Tratado y ha hablado de reforzar en el futuro las relaciones amistosas con el Gobierno de Moscú. Todo lo cual es bastante significativo si se tiene en cuenta la situación casi insoluble con que se enfrenta el país iraní.

El carácter jurídico que la disputa anglo-persa parecía tomar al ser sometida al Tribunal Internacional de La Haya ha sido cortado bruscamente como consecuencia de la resolución del Tribunal, que viene a dar la razón a la tesis sostenida por el doctor Mussadeq. El Tribunal de La Haya ha declarado su incompetencia por nueve votos (El Salvador, Francia, Polonia, Yugoslavia, Noruega, Egipto, China nacionalista, Uruguay e Irán) contra cinco (Inglaterra, Chile, Estados Unidos, Canadá y Brasil), por estimar se trata de un contrato de concesión entre un Gobierno y una empresa extranjera. La posibilidad de que las negociaciones se reanudaran pareció presentarse de nuevo cuando el primer Ministro persa hizo una proposición en este sentido el 7 de agosto al Gobierno inglés. La propuesta persa fué contestada conjuntamente por ingleses y norteamericanos por medio del llamado mensaje Churchill-Truman, en el que se hacía una contrapropuesta en tres puntos, que fué rechazada por Mussadeq y luego por el Majlis, completamente identificado con la postura del político persa.

La ruta difícil emprendida por Egipto bajo las orientaciones reformadoras de Naguib, la difícil situación de Persia, rotas una vez más las negociaciones con Gran Bretaña y abocada a una grave crisis económica y política, son factores más que suficientes para poner en el primer plano de la actualidad internacional el escenario del Oriente Medio. Pero es que, además, la más amplia zona del mundo árabe se ha visto agitada por nuevos acontecimientos, golpe de Estado en Libano, y no ha visto, por otra parte, resueltas o en vías de resolución las disputas que en algún país estaban planteadas.

Así, por ejemplo, en Túnez, donde el plan de reformas francés, que no salió precisamente triunfante de los debates de la Asamblea Nacional, ha sido rechazado por el Bey. El bloque de los países árabes y asiáticos ha seguido insistiendo para que la Asamblea General se ocupe en su próxima sesión de la disputa franco-tunecina. Y, por último, Túnez ha venido a sumarse a los motivos de disidencia entre París y Washington, en virtud de dos hechos paralelos. Por un lado, las manifestaciones antinorteamericanas contenidas en el discurso pronunciado por el mariscal Juin a fines de junio en el Club Francés de Ultramar, en París, en el que acusó agríamente a los Estados Unidos por su actitud anticolonialista, amenazando con la retirada de Francia de las Naciones Unidas si los Estados Unidos persistían en mezclarse en los asuntos del Norte de África. Por otro, la presentación ante el Tribunal Internacional de La Haya de la disputa entre ambas potencias occidentales sobre el régimen de capitulaciones y de comercio en Marruecos.

Factores que, lejos de aclarar la situación existente en esa zona del mundo, alcan-

zan una indudable repercusión en las relaciones de las potencias occidentales dentro del cuadro de problemas europeos.

En el área extensa del Extremo Oriente, el conflicto coreano ha perdido como nunca, desde que se inició, su puesto destacado entre los acontecimientos de la política internacional mundial. No es ya que el frente no presente una actividad digna de atraer la atención, sino que su segundo frente, el de las negociaciones de Panmunjom, queda enterrado en el olvido producido por el aburrimiento y el escepticismo más totales.

Más importa dejar aquí constancia de los contactos establecidos entre Moscú y Pekín por medio de la delegación china presidida por el ministro de Asuntos Exteriores de la China comunista, Chu En Lai, y que han conducido a la firma en Moscú, el 15 de septiembre, de un Acuerdo chino-soviético sobre el ferrocarril de Tchang-Tchung y sobre la prolongación de la administración mixta de Port-Arthur.

Y también, de la Conferencia de Honolulu, iniciada el 4 de agosto, y que ha reunido a los ministros de Asuntos Exteriores de los Estados Unidos, Australia y Nueva Zelanda. Esta Conferencia supone la puesta en práctica del Tratado trilateral (A. N. Z. U. S.), firmado juntamente con el Tratado de Paz con el Japón, y sobre su preparación, contenido y significado, el lector de estos CUADERNOS encontrará un estudio en el índice de este número.

FERNANDO MURILLO RUBIERA

